G

EL TROVADOR.

EL TROVADOR,

DRAMA CABALLERESCO

EN CINCO JORNADAS

EN PROSA Y VERSO.

SU AUTOR

Don Antonio García Gutierrez.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.° de la procedencia

MADRID.

Imprenta de Repullés.

1836.

PERSONAGES.	ACTORES.
D. Nuño de Artal, *conde de Luna*.	*D. J. Romea.*
D. Manrique.	*D. C. Latorre.*
D. Guillen de Sese.	*D. F. Romea.*
D. Lope de Urrea.	*D. P. Lopez.*
D.ª Leonor de Sese	*D.ª C. Rodriguez.*
D.ª Jimena.	*D.ª I. Boldun.*
Azucena.	*D.ª B. Lamadrid.*
Guzman . } *Criados del Conde de Luna.*	*D. N. Lombia.*
Jimeno. . } *Criados del Conde de Luna.*	*D. J. Fabiani.*
Ferrando. } *Criados del Conde de Luna.*	*D. J. Guzman.*
Ruiz, *criado de D. Manrique*.	*D. G. Monreal.*
Un soldado.	
Soldados.	
Sacerdotes.	
Religiosas.	

ARAGON. Siglo XV.

784514

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/eltrovadordramac00garc

JORNADA PRIMERA.

Zaragoza: sala corta en el palacio de la Aljafería.

ESCENA PRIMERA.

GUZMAN. JIMENO. FERRANDO. (*Sentados.*)

Jimeno. Nadie mejor que yo puede saber esa historia, como que hace muy cerca de cuarenta años que estoy al servicio de los condes de Luna.

Fer. Siempre me lo han contado de diverso modo.

Guz. Y como se abultan tanto las cosas...

Jimeno. Yo os lo contaré tal como ello pasó por los años de 1390. El conde don Lope de Artal vivia regularmente en Zaragoza, como que siempre estaba al lado de su alteza. Tenia dos niños: el uno que es don Nuño, nuestro muy querido amo, y contaba entonces seis meses poco mas ó menos, y el mayor que tendria dos años, llamado don Juan. Una noche entró en la casa del conde una de esas vagamundas, una gitana con ribetes de bruja, y sin decir palabra se deslizó hácia la cámara donde dormia el mayorcito. Era ya bastante vieja...

Fer. Vieja y gitana? bruja sin duda.

Jimeno. Se sentó á su lado, y le estuvo mirando largo rato, sin apartar de él los ojos un instante; pero los criados la vieron y la arrojaron á palos. Desde aquel dia empezó á enflaquecer el niño, á llorar continuamente; y por último, á los pocos dias cayó gravemente enfermo: la pícara de la bruja le habia hechizado.

Guz. Diantre!

Jimeno. Y aun su aya aseguró que en el silencio de la noche habia oido varias veces que andaba alguien en su habitacion, y que una legion de brujas jugaban con el niño á la pelota, sacudiéndole furiosas contra la pared.

Fer. Qué horror! Yo me hubiera muerto de miedo.

Jimeno. Todo esto alarmó al conde, y tomó sus medidas para pillar á la gitana: cayó efectivamente en el garlito, y al otro dia fue quemada públicamente para escarmiento de viejas.

Guz. Cuánto me alegro! Y el chico?

Jimeno. Empezó á engordar inmediatamente.

Fer. Eso era natural.

Jimeno. Y á guiarse por mis consejos hubiera sido tambien tostada la hija, la hija de la hechicera.

Fer. Pues por supuesto...! Dime con quien andas...

Jimeno. No quisieron entenderme, y bien pronto tuvieron lugar de arrepentirse.

Guz. Cómo!

Jimeno. Desapareció el niño, que estaba ya tan rollizo que daba gusto verle; se le buscó por todas partes; y sabeis lo que se encontró? una hoguera recien apagada en el sitio donde murió la hechicera, y el esqueleto achicharrado del niño.

Fer. Cáspita! y no la atenacearon?

Jimeno. Buenas ganas teniamos todos de verla arder por via de ensayo para el infierno; pero no pudimos atraparla, y sin embargo, si la viese ahora...

Guz. La conoceriais?

Jimeno. A pesar de los años que han pasado, sin duda.

Fer. Pero tambien apostaria yo cien florines á que el alma de su madre está ardiendo ahora en las parrillas de Satanás.

Guz. Se entiende.

Jimeno. Pues... mis dudas tengo yo en cuanto á eso.

Guz. Qué decis?

Jimeno. Desde el suceso que acabo de contaros no ha dejado de haber lances diabólicos... yo diria que el

alma de la gitana tiene demasiado que hacer para irse tan pronto al infierno.

Fer. Jum...! jum...!

Jimeno. He dicho algo?

Fer. Preguntádmelo á mí.

Guz. La habeis visto?

Fer. Mas de una vez.

Guz. A la gitana...?

Fer. No, qué disparate! no... al alma de la gitana: unas veces bajo la figura de un cuervo negro; de noche regularmente en buho. Ultimamente, noches pasadas se transformó en lechuza.

Guz. Cáspita!

Jimeno. Adelante.

Fer. Y se entró en mi cuarto á sorberse el aceite de mi lámpara: yo empecé á rezar un *Padre nuestro* en voz baja... ni por esas: apagó la luz y me empezó á mirar con unos ojos tan relucientes! se me erizó el cabello: tenia un no sé qué de diabólico y de infernal aquel espantoso animalejo! Ultimamente, empezó á revolotear por la alcoba... yo sentí en mi boca el frio beso de un labio inmundo, dí un grito de terror esclamando: *Jesus!* y la bruja espantada lanzó un prolongado chillido precipitándose furiosa por la ventana.

Guz. Me contais cosas estupendas! y en pago del buen rato que me habeis hecho pasar, voy á contaros otras no menos raras y curiosas, pero que tienen la ventaja de ser mas recientes.

Fer. Cómo!

Guz. Se entiende que nada de esto debe traslucirse, porque es una cosa que solo á mí, á mí particularmente se me ha confiado.

Jimeno. Pero de quién?

Guz. De otro modo me mataria el conde.

Fer. y *Jimeno.* El conde!

Guz. Pero todo ello no es nada, nada, travesuras de la juventud. No sabeis que está perdidamente enamorado de doña Leonor de Sese?

Jimeno. La hermana de don Guillen, de ese hidalgo orgulloso...

Fer. La mas hermosa dama del servicio de la reina.

Guz. Seguro.

Fer. Y que está tan enamorada de aquel trovador que en tiempos de antaño venia á quitarnos el sueño por la noche con su cántico sempiterno.

Guz. Y que viene todavía.

Jimeno. Cómo! pues no dicen que está con el conde de Urgel, que en mal hora naciera, ayudándole á conquistar la corona de Aragon?

Guz. Pues á pesar de eso...

Fer. Atreverse á galantear á una de las primeras damas de su alteza. Un hombre sin solar, digo, que sepamos.

Jimeno. No negareis sin embargo que es un caballero valiente y galan.

Guz. Sí, eso sí; pero en cuanto á lo demas... Y luego, quién es él? donde está el escudo de sus armas? Lo que me decia anoche el conde: "Tal vez será algun noble pobreton, algun hidalgo de gotera."

Jimeno. Pero al cuento.

Guz. Al cuento: ya sabeis que yo gozo de la confianza del conde; anoche me dijo, estando los dos solos en su cuarto: "Escucha, Guzman, quiero que me acompañes: solo á tí me atrevo á confiar mis designios, porque siempre me has sido fiel: esta noche ha de ser fatal para mí, ó he de llegar al colmo de la felicidad suprema." Sígueme, añadió; y atravesó con paso precipitado las galerías, instruyéndome en el camino de su proyecto.

Jimeno. Y qué?

Guz. Su intento era entrar en la habitacion de Leonor, para lo cual se habia proporcionado una llave.

Jimeno. Cómo...! en palacio...! y se atrevió al fin?

Guz. Entró efectivamente; pero en el momento mismo, cuando lleno de amor y de esperanza se le

figuraba que iba á tocar la felicidad suprema, un preludio del laud del maldito trovador vino á sacarle de su delirio.

Fer. Del trovador!

Guz. Del mismo: estaba en el jardin. Alli, dijo don Nuño con un acento terrible, alli estará tambien ella; y bajó furioso la escalera. La noche era oscurísima; el importuno cantor, que nunca pulsó el laud á peor tiempo, se retiró creyendo sin duda que era mi amo algun curioso escudero: á poco rato bajó la virtuosa Leonor, y equivocando á mi señor con su amante, le condujo silenciosamente á lo mas oculto del jardin. Bien pronto las atrevidas palabras del conde le hicieron conocer con quién se las habia... la luna, hasta entonces prudentemente encubierta con una nube espesísima, hizo brillar un instante el acero del zeloso cantor delante del pecho de mi amo: poco duró el combate; la espada del conde cayó á los pies de su rival, y un momento despues ya no habia un alma en todo el jardin.

Jimeno. Y no os parece, como á mí, que el conde hace muy mal en esponer asi su vida? Y si llegan á saber sus altezas semejantes locuras...

Guz. Calle...! parece que se ha levantado ya...

Jimeno. Temprano para lo que ha dormido.

Fer. Los enamorados dicen que no duermen.

Guz. Vamos allá, no nos eche de menos.

Fer. Y hoy que estará de mala guisa.

Jimeno. Sí, vamos.

ESCENA II.

Cámara de doña Leonor en el palacio.

LEONOR. JIMENA. DON GUILLEN.

Gui. Mil quejas tengo que daros
si oirme, hermana, quereis.

Leo. Hablar, don Guillen, podeis,
que pronta estoy á escucharos.
Si á hablar del conde venis
que será en vano os advierto,
y me enojaré por cierto
si en tal tema persistis.
Gui. Poco estimais, Leonor,
el brillo de vuestra cuna
menospreciando al de Luna
por un simple trovador.
Qué vísteis, hermana, en él
para asi tratarle impía?
No supera en bizarría
al mas apuesto doncel?
A caballo, en el torneo
no admirásteis su pujanza?
A los botes de su lanza...
Leo. Que cayó de un bote creo.
Gui. En fin, mi palabra dí
de que suya habeis de ser,
y cumplirla he menester.
Leo. Y vos disponeis de mí?
Gui. O soy ó no vuestro hermano.
Leo. Nunca lo fuerais por Dios,
que me dió mi madre en vos
en vez de amigo un tirano.
Gui. En fin, ya os dije mi intento:
ved cómo se ha de cumplir.
Leo. No lo espereis.
Gui. O vivir
encerrada en un convento.
Leo. Lo del convento mas bien.
Gui. Eso tu audacia responde?
Leo. Que nunca seré del conde...
nunca; lo ois, don Guillen?
Gui. Yo haré que mi voluntad
se cumpla, aunque os pese á vos.
Leo. Idos, hermano, con Dios.
Gui. Leonor...! á Dios os quedad.

ESCENA III.

LEONOR. JIMENA.

Leo. Lo oiste? Negra fortuna!
Ya ni esperanza ninguna,
ningun consuelo me resta.
Jimena. Mas por qué por el de Luna
tanto empeño manifiesta?
Leo. Esa soberbia ambicion
que le ciega y le devora
es ¡triste! mi perdicion.
Y quiere que al que me adora
arroje del corazon!
Yo al conde no puedo amar,
le detesto con el alma:
él vino ¡ay Dios! á turbar
de mi corazon la calma
y mi dicha á emponzoñar.
Por qué perseguirme asi?
Jimena. Desde anoche le aborrezco
mas y mas.
Leo. Yo que creí
que era Manrique... Ay de mí!
todavía me estremezco.
Por él me aborrece ya.
Jimena. Don Manrique?
Leo. Sí, Jimena.
Jimena. De vuestro amor dudará.
Leo. Zeloso del conde está,
y sin culpa me condena. (*Llora.*)
Jimena. Siempre llorando, mi amiga?
no cesas...
Leo. Llorando, sí;
yo para llorar nací;
mi negra estrella enemiga,
mi suerte lo quiere asi.

Despreciada, aborrecida
del que amante idolatré,
qué es ya para mí la vida?
Y él creyó que envilecida
vendiera á otro amor mi fé.
No, jamas... la pompa, el oro,
guárdelos el conde allá;
ven, trovador, y mi lloro
te dirá como te adoro,
y mi angustia te dirá.
Mírame aqui prosternada;
ven á calmar la inquietud
de esta muger desdichada:
tuyo es mi amor, mi virtud...
Me quieres mas humillada?
Jimena. Qué haces, Leonor?
Leo. Yo no sé...
alguien viene.
Jimena. Él es, por Dios!
Y dudabas de su fé!
Leo. Jimena!
Jimena. Te estorbaré...
solos os dejo á los dos.

ESCENA IV.

LEONOR. MANRIQUE. (*Rebozado.*)

Leo. Manrique! eres tú?
Man. Yo, sí...
no tembleis.
Leo. No tiemblo yo;
mas si alguno entrar te vió...
Man. Nadie.
Leo. Qué buscas aqui?
qué buscas...? ah! por piedad...
Man. Os pesa de mi venida?
Leo. No, Manrique, por mi vida;
me buscais á mí, es verdad?

Sí, sí... yo apenas pudiera
tanta ventura creer;
lo ves? lloro de placer.
Man. Quién, perjura, te creyera!
Leo. Perjura?
Man. Mil veces, sí...
mas no pienses que insensato
á obligar á un pecho ingrato
á implorarte vine aqui.
No vengo lleno de amor
cual un tiempo...
Leo. Desdichada!
Man. Temblais?
Leo. No, no tengo nada...
mas temo vuestro furor.
Quién dijo, Manrique, quién,
que yo olvidarte pudiera
infiel, y tu amor vendiera,
tu amor, que es solo mi bien!
Mis lágrimas no bastaron
á arrancar de tu razon
esa funesta ilusion?
Man. Harto tiempo me engañaron.
Demasiado te creí
mientras tierna me halagabas
y, pérfida, me engañabas.
Qué necio, qué necio fui!
Pero no, no impunemente
gozarás de tu traicion...
yo partiré el corazon
de ese rival insolente.
Tus lágrimas! yo creer
pudiera, Leonor, en ellas
cuando con tiernas querellas
á otro halagabas ayer?
No te vi yo mismo, di!
Leo. Sí, pero juzgué engañada
que eras tú: con voz pausada
cantar una trova oí.

Era tu voz, tu laud,
era el canto seductor
de un amante trovador
lleno de tierna inquietud.
Turbada perdí mi calma,
se estremeció el corazon,
y una celeste ilusion
me abrasó de amor el alma.
Me pareció que te via
en la oscuridad profunda,
que á la luna moribunda
tu penacho descubria.
Me figuré verte alli
con melancólica frente
suspirando tristemente
tal vez, Manrique, por mí.
No me engañaba... un temblor
me sobrecogió un instante...
era sin duda mi amante,
era, ¡ay Dios! mi trovador.

Man. Si fuera verdad, mi vida
y mil vidas que tuviera,
angel hermoso, te diera.

Leo. No te soy aborrecida?

Man. Tú, Leonor? pues por quién
asi en Zaragoza entrara,
por quién la muerte arrostrara
sino por tí, por mi bien?
Aborrecerte! quién pudo
aborrecerte, Leonor?

Leo. No dudas ya de mi amor,
Manrique?

Man. No, ya no dudo.
Ni asi pudiera vivir:
me amas, es verdad? lo creo,
porque creerte deseo
para amarte y ecsistir.
Porque la muerte me fuera
mas grata que tu desden.

Leo. Trovador!
Man. No mas; ya es bien
que parta.
Leo. No vuelvo á verte?
Man. Hoy no, muy tarde será.
Leo. Tan pronto te marchas?
Man. Hoy:
ya se sabe que aqui estoy;
buscándome estan quizá.
Leo. Sí, vete.
Man. Muy pronto fiel
me verás, Leonor, mi gloria,
cuando el cielo dé victoria
á las armas del de Urgel.
Retírate... viene alguno.
Leo. Es el conde!
Man. Vete.
Leo. Cielos!
Man. Mal os curásteis mis zelos...
qué busca aqui este importuno?

ESCENA V.

MANRIQUE. DON NUÑO.

Nuño. Qué hombre es este?
Man. Guárdeos Dios
muchos años, el de Luna.
Nuño. (Pésia mi negra fortuna!)
Man. Caballero, hablo con vos:
si porque encubierto estoy...
Nuño. Si decirme algo teneis
descubrid...
Man. Me conoceis? (*Descubriéndose.*)
Nuño. Vos, Manrique!
Man. El mismo soy.
Nuño. Cuando á la ley sois infiel
y cuando proscripto estais,

asi en palacio os entrais
partidario del de Urgel?
Man. Debo temer por ventura,
conde, de vos?
Nuño. Un traidor...
Man. Nunca; vuestro mismo honor
de vos mismo me asegura.
Siempre fuísteis caballero.
Nuño. Qué buscais, Manrique, aqui?
Man. A vos, señor conde.
Nuño. A mí?
para qué saber espero.
Man. No lo adivinais?
Nuño. Tal vez.
Man. Siempre enemigos los dos
hemos sido.
Nuño. Sí, por Dios.
Man. Pensáislo con madurez.
Nuño. Pienso que atrevido y necio
anduvisteis en retar
á quien débeos contestar
tan solo con el desprecio.
Qué hay de comun en los dos?
hablais al conde de Luna,
hidalgo de pobre cuna.
Man. Y bueno tal como vos.
En fin, no admitis el duelo?
Nuño. Y lo pudisteis pensar?
yo hasta vos he de bajar?
Man. No me insulteis, vive el cielo,
que si la espada desnudo
la vil lengua os cortaré.
Nuño. A mí, villano? no sé (*Saca la espada.*)
cómo en castigarte dudo.
Mas tú lo quieres.
Man. Salgamos.
Nuño. Sacad el infame acero.
Man. Don Nuño, fuera os espero;
cuidad que en palacio estamos.

Nuño. Cobarde, no escucho nada.
Man. Ved, conde, que os engañais...
Vos... vos cobarde llamais
al que es dueño de esta espada?
Nuño. La mia... Y lo sufro, no...
Man. A recobradla venid.
Nuño. No, que no sois, advertid,
caballero como yo.
Man. Tal vez os equivocais.
Y habladme con mas espacio
mientra estamos en palacio.
Os aguardo.
Nuño. Dónde vais?
Man. Al campo, don Nuño, voy,
donde probaros espero
que si vos sois caballero...
caballero tambien soy.
Nuño. Os atreveis...?
Man. Sí, venid.
Nuño. Trovador, no me insulteis
si en algo el vivir teneis.
Man. Don Nuño, pronto, salid.

JORNADA SEGUNDA.

El Convento.

JORNADA SEGUNDA.

Cámara de don Nuño.

ESCENA PRIMERA.

DON NUÑO. DON GUILLEN.

Nuño. Don Guillen?
Gui. Guárdeos el cielo.
Nuño. Qué hay de nuevo en la ciudad?
Gui. Qué! aun no sabeis...?
Nuño. Asentad.
Gui. Todos lloran sin consuelo.
Nuño. Cómo!
Gui. La traicion impía
que en yermo á Aragon convierte,
dió al arzobispo la muerte.
Nuño. Qué decis? á don García?
Gui. Ahora se acaba de hallar
su cadáver junto al muro,
que de la noche en lo oscuro
le debieron de matar.
Murió como bueno y fiel...
Nuño. Siempre lo fue don García.
Gui. Porque osado combatía
la pretension del de Urgel.
Nuño. Infame y cobarde accion,
que he de vengar por quien soy!
Gui. Conde...
Nuño. Sabed que desde hoy
soy justicia de Aragon;

y si mi poder alcanza
á los traidores, os juro
por mi honor, como el sol puro,
que han de sentir mi venganza.
Gui. Pero dejando esto á un lado,
que importa mas vuestra vida,
cómo os va de aquella herida?
Nuño. Me siento muy mejorado.
Gui. Ya era tiempo.
Nuño. Un año hará
que la recibí por Cristo:
muy cerca la muerte he visto,
mas bueno me siento ya.
Gui. La suerte al fin del traidor
os dió la venganza presto.
Nuño. No me hableis, Guillen, en esto;
habladme de Leonor:
que hace un año, mas de un año,
mientras me duró mi herida,
que no me hablais por mi vida
de vuestra hermana, y lo estraño.
Gui. Don Nuño...!
Nuño. Desque dejó
el servicio de su alteza,
de contemplar su belleza
dura tambien me privó.
Consiente al fin en unir
su suerte á la suerte mia?
Se muestra menos impía?
Gui. Conde, qué os puedo decir?
En vano fue amenazar,
y nada alcanzó mi ruego;
esposa de Dios va luego
á postrarse ante el altar.
Nuño. Encerrarse en un convento!
Eso prefiere mas bien?
Gui. En el de Jerusalen
va á profesar al momento.
Nuño. Ingrata!

Gui. Cuando el rumor
llegó, don Nuño, á su oido
de que habia sucumbido
en Velilla el trovador,
desesperada, llorosa...
Nuño. Y no ha medio, don Guillen...!
Gui. Ninguno; ni ya está bien...
Nuño. Decis que aun no es religiosa?
Gui. Pero lo será muy luego.
Nuño. Iré yo á verla, yo iré;
si es fuerza la rogaré...
Gui. Despreciará vuestro ruego.
Nuño. Tan en estremo enojada
está?
Gui. No sabeis, señor,
que no hay tirano mayor
como la muger rogada?
Nuño. Pues bien, la arrebataré
á los pies del mismo altar;
si ella no me quiere amar,
yo á amarme la obligaré.
Gui. Conde!
Nuño. Sí, sí... loco estoy:
no os enojeis; ni he querido
ofender...
Gui. Noble he nacido,
y noble, don Nuño, soy.
Nuño. Basta; ya sé, don Guillen,
que es ilustre vuestra cuna.
Gui. Y jamas mancha ninguna
la oscurecerá.
Nuño. Está bien:
dejadme.
Gui. Quién mas que yo
este enlace estimaria?
mas si amengua mi hidalguía
no quiero tal dicha, no.
Nuño. Decis bien.
Gui. Si os ofendí...

Nuño. No; dejadme... fuera estan
mis criados; á Guzman
que entre direis.
Gui. Lo haré asi.

ESCENA II.

DON NUÑO. *Despues* GUZMAN.

Nuño. Gracias á Dios se fue ya,
que por cierto me aburría.
Qué vano con su hidalguía
el buen caballero está!
Que no me quiera servir
será diligencia vana:
ó ha de ser mia su hermana,
ó por ella he de morir.
Guz. Señor?
Nuño. Cierra esa puerta.
Guz. Qué teneis que mandarme?
Nuño. Siéntate.
Guz. En vuestra presencia, señor!
Nuño. Sí: quiero darte esta prueba mas de mi aprecio: voy á encargarte de una comision arriesgada... te atreverás á hacer lo que te diga?
Guz. A todo estoy pronto.
Nuño. Piénsalo bien.
Guz. Aunque me costara la vida; podeis disponer de mí.
Nuño. Ya lo sé, Guzman; nunca has dejado de serme fiel.
Guz. Y lo seré siempre.
Nuño. Yo tambien sabré recompensarte. Bien conoces á doña Leonor de Sese, y sabes lo que por ella he padecido.
Guz. Demasiado, señor.
Nuño. Y hoy la voy á perder para siempre sino me ayuda tu arrojo. Yo debia haberla olvidado;

pero mi corazon, y tal vez mi orgullo, se han resentido ya en estremo... me es imposible no amarla. Cuando murió Manrique en el ataque de Velilla creí que resignándose con su suerte, se tendria por muy dichosa en dar la mano al conde de Luna, en llevar un apellido noble y brillante: me engañé... apenas podria creerlo; ha preferido encerrarse con su orgullo en un claustro. Hoy mismo debe profesar en el convento de Jerusalen.

Guz. Hoy mismo!

Nuño. Sí; yo no quiero que este acto se verifique.

Guz. Cómo estorbarlo?

Nuño. No me comprendes?

Guz. Mandad.

Nuño. Yo te prometo que nada te sucederá: el rey acaba de hacerme justicia mayor de Aragon; de consiguiente contra tí no se hará justicia. El pueblo está consternado con la muerte violenta que han dado los rebeldes al arzobispo; el rey necesita de mí y de mis vasallos en estos momentos críticos; todo nos favorece.

Guz. Cierto.

Nuño. Cuál de mis criados te parece mas á propósito para que vaya contigo?

Guz. Ferrando.

Nuño. Dile que te acompañe: yo tambien le recompensaré.

Guz. Ois? (*Tocan á la puerta.*)

Nuño. Abre.

ESCENA III.

LOS MISMOS. DON LOPE.

Lope. Su alteza os manda llamar, conde.

Nuño. Su alteza?

Lope. Parece que está algo alborotada la ciudad con ciertas noticias que ha traido un corredor del ejército.

Nuño. Pues qué hay?

Lope. Los rebeldes han entrado á saco á Castellar; y se suena tambien que algunos de ellos se han introducido en Zaragoza, y que esta noche ha de haber revuelta.

Nuño. Imposible.

Lope. La ciudad está casi desierta; todos se han consternado; pero lo mas particular...

Nuño. Asi podrás con mas facilidad... (*Aparte á Guzman.*)

Guz. Voy.

Nuño. Escucha: supongo que no encontrarás resistencia; si la hallares haz uso de la espada.

Guz. En la misma iglesia?

Nuño. En cualquier parte.

Guz. Verdad es que en un tiempo en que se matan arzobispos...

Nuño. Me has entendido... á Dios.

ESCENA IV.

DON NUÑO. DON LOPE.

Lope. Como decia, lo que mas me ha admirado de todo ello, y lo que á vos sin duda tambien os sorprenderá, es la voz que corre de que el que acaudillaba á los rebeldes en la entrada del castillo era un difunto.

Nuño. Don Lope!

Lope. No adivinais quién sea?

Nuño. Yo... no conozco fantasmas.

Lope. Pues bien le conociais, y le odiabais muy particularmente.

Nuño. Quién?

Lope. El trovador.

Nuño. Manrique? No se encontró su cadáver en el combate de Velilla?

Lope. Asi se dijo, aunque ninguno le conocia por su persona.

Nuño. Si no era él!
Lope. No sería, ó como yo mas bien creo...
Nuño. Qué?
Lope. Debe de haber en esto algo de arte del diablo.
Nuño. Silencio! Os quereis burlar?
Lope. No, por mi vida.
Nuño. Y está en el castillo?
Lope. No, en Zaragoza.
Nuño. Aqui?
Lope. Asi lo ha dicho quien le vió á la madrugada cerca de la puerta del Sol.
Nuño. Y él será tal vez el caudillo de la trama...
Lope. Él es á lo menos el mas osado, y por consiguiente el mas á propósito...
Nuño. Pluguiera á Dios que asi fuese.
Lope. Nadie lo duda en la ciudad.
Nuño. Deciais que me llamaba su alteza?
Lope. Seguramente.
Nuño. A Dios, don Lope; esta noche los castigaremos si se atreven.
Lope. Yo lo espero...

ESCENA V.

DON LOPE.

Pues no las tengo yo todas conmigo... y si los soldados son como el caudillo... ¡pardiez! un ejército de fantasmas, una falange espiritual.

ESCENA VI.

En el fondo del teatro se verá la reja del locutorio de un convento: tres puertas, una al lado de la reja que comunica con el interior del claustro, otra á la derecha que va á la iglesia, y la otra á la izquierda que figura ser la entrada de la calle.

Se dejan ver algunas religiosas en el locutorio: la puerta que está al lado de la reja se abre, y aparece LEONOR *apoyada del brazo de* JIMENA: *las rodean algunos sacerdotes y religiosas.*

Leo. Jimena!
Jimena. Al fin abandonas
á tu amiga.
Leo. Quiera el cielo
hacerte á tí mas feliz,
tanto como yo deseo.
Jimena. Por qué obstinarte?
Leo. Es preciso:
ya no hay en el universo
nada que me haga apreciar
esta vida que aborrezco.
Aqui de Dios en las aras
no veré, amiga, á lo menos
á esos tiranos impíos
que causa de mi mal fueron.
Jimena. Ni una esperanza...
Leo. Ninguna:
él murió ya.
Jimena. Tal vez luego
se borrará de tu mente
ese recuerdo funesto.
El mal como la ventura
todo pasa con el tiempo.
Leo. Estoy resuelta; ya no hay
felicidad, ni la quiero,

en el mundo para mí:
solo morir apetezco.
Acompáñame, Jimena.
Jimena. Estás temblando.
Leo. Sí, tiemblo
porque á ofender voy á Dios
con pérfido juramento.
Jimena. Qué dices?
Leo. Ay! todavía
delante de mí le tengo,
y Dios, y el altar y el mundo
olvido cuando le veo.
Y siempre viéndole estoy
amante, dichoso y tierno...
mas no ecsiste, es ilusion
que imagina mi deseo.
Vamos.
Jimena. Leonor!
Leo. Vamos pronto;
le olvidaré, lo prometo.
Dios me ayudará... sostenme,
que apenas tenerme puedo.

ESCENA VII.

Queda la escena un momento sola: salen por la izquierda don MANRIQUE *con el rostro cubierto con la celada, y* RUIZ.

Ruiz. Este es el convento.
Man. Sí,
Ruiz, pero nada veo.
Si te engañaron?
Ruiz. No creo...
Man. Estás cierto que era aqui?
Ruiz. Señor, muy cierto.
Man. Sin duda
tomó ya el velo.

Ruiz. Quizá.
Man. Ya esposa de Dios será,
ya el ara santa la escuda.
Ruiz. Pero...
Man. Déjame, Ruiz;
ya para mí no hay consuelo.
Por qué me dió vida el cielo
si ha de ser tan infeliz?
Ruiz. Mas qué causa pudo haber
para que asi consagrara
tanta hermosura en el ara?
Mucho debió padecer.
Man. Nuevas falsas de mi muerte
en los campos de Velilla
corrieron, cuando en Castilla
estaba yo.
Ruiz. De esa suerte...
Man. Persiguiéronla inhumanos
que envidiaban nuestro amor,
y ella busca al Redentor
huyendo de sus tiranos.
Si supiera que aun ecsisto
para adorarla... no, no...
ya olvidarte debo yo,
esposa de Jesucristo.
Ruiz. Qué haceis? Callad...
Man. Loco estoy...
Y cómo no estarlo ¡ay cielo!
si infelice mi consuelo
pierdo y mis delicias hoy?
No los perderé: Ruiz,
déjame.
Ruiz. Qué vais á hacer?
Man. Pudiérala acaso ver...
con esto fuera feliz.
Ruiz. Aqui el locutorio está.
Man. Vete.
Ruiz. Fuera estoy.

ESCENA VIII.

MANRIQUE. *Despues* GUZMAN. FERRANDO.

Man. Qué haré?
turbado estoy... llamaré?
Tal vez orando estará.
Acaso en este momento
llora cuitada por mí:
nadie viene... por aqui...
es la iglesia del convento.
Fer. Tarde llegamos, Guzman.
Guz. Quién es ese hombre?
Fer. No sé.
(*Las religiosas cantarán dentro un responso: el canto no cesará hasta un momento despues de concluida la jornada.*)
Guz. Oyes el canto?
Fer. Sí á fé.
Guz. En la ceremonia estan.
Man. Qué escucho... cielos! es ella...
(*Mirando á la puerta de la iglesia.*)
Alli está bañada en llanto,
junto al altar sacrosanto,
y con su dolor mas bella.
Guz. No es esa la iglesia?
Fer. Vamos.
Man. Ya se acercan hácia aqui.
Fer. Espérate.
Guz. Vienen?
Fer. Sí.
Man. No, que no me encuentre... huyamos.
(*Quiere huir, pero deteniéndose de pronto se apoya vacilando en la reja del locutorio. Leonor, Jimena y el séquito salen de la iglesia y se dirigen á la puerta del claustro; pero al pasar al lado de Manrique éste alza la visera, y Leonor reconociéndole cae desma-*

yada á sus pies. Las religiosas aparecen en el locutorio llevando velas encendidas.)

Guz. Esta es la ocasion... valor.

Leo Quién es aquel? mi deseo (*A Jimena.*)
me engaña... Sí, es él!

Jimena. Qué veo!

Leo. Ah! Manrique...!

Guz. y *Fer.* El trovador! (*Huyen.*)

JORNADA TERCERA.

La Gitana.

JORNADA TERCERA.

Interior de una cabaña: la Azucena estará sentada cerca de una hoguera: Manrique á su lado de pie.

ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE. AZUCENA. (*Canta.*)

Azucena. Bramando está el pueblo indómito
de la hoguera en deredor;
al ver ya cerca la víctima
gritos lanza de furor.
Alli viene; el rostro pálido,
sus miradas de temor,
brillan de la llama trémula
al siniestro resplandor.

Man. Qué triste es esa cancion!

Azu. Tú no conoces esta historia, aunque nadie mejor que tú pudiera saberla.

Man. Yo...?

Azu. Te separaste tan niño de mi lado, ingrato! abandonaste á tu madre por seguir á un desconocido...

Man. A don Diego de Haro, señor de Vizcaya.

Azu. Pero que no te amaba tanto como yo.

Man. Mi objeto era el de haceros feliz... las montañas de Vizcaya no podian suministrar á mi ambicion recursos para elevarme á la altura de mis ilusiones. Seguí á don Diego hasta Zaragoza porque se decidió á protejerme; y yo decia para mí: "Al-

gun dia sacaré á mi madre de la miseria;" pero vos no lo habeis querido.

Azu. No, yo soy feliz: yo no ambiciono alcázares dorados: tengo bastante con mi libertad y con las montañas donde vivieron siempre nuestros padres.

Man. Siempre!

Azu. Pero, hijo mio, la pobreza tiene muchos inconvenientes, y tu familia los ha esperimentado muy terribles.

Man. Mi familia?

Azu. Nada me has preguntado nunca acerca de ella.

Man. No me he atrevido... no sé por qué se me ha figurado que me habiais de contar alguna cosa horrible.

Azu. Tienes razon, una cosa horrible...! Yo para recordarlo no podria menos de estremecerme... ves esa hoguera? sabes tú lo que significa esa hoguera? Yo no puedo mirarla sin que se me despegue la carne de los huesos, y no puedo apartarla de mí, porque el frio de la noche hiela todo mi cuerpo.

Man. Pero por qué os habeis querido fijar en este sitio?

Azu. Porque este sitio tiene para mí recuerdos muy profundos... desde aqui se descubren los muros de Zaragoza... este era, este, el sitio donde murió.

Man. Quién, madre mia?

Azu. Es verdad, tú no lo sabes, y sin embargo era mi madre, mi pobre madre, que nunca habia hecho daño á nadie. Pero dieron en decir que era bruja...!

Man. Vuestra madre?

Azu. Sí: la acusaron de haber hecho mal de ojo al hijo de un caballero, de un conde. No hubo compasion para ella, y la condenaron á ser quemada viva.

Man. Qué horror! bárbaros... y lo consumaron?

Azu. En este mismo sitio, donde está esa hoguera.

Man. Gran Dios!

Azu. Yo la seguia de lejos, llorando mucho, como quien llora por una madre. Llevaba yo á mi hijo en los brazos, á tí; mi madre volvió tres veces la cabeza para mirarme y bendecirme. La última vez cerca del suplicio... alli, me miró haciendo un gesto espantoso, y con una voz ahogada y ronca me gritó: "Véngame!" Aquella palabra! no la puedo olvidar aquella palabra... se grabó en mi alma, en todos mis sentidos, y yo juré vengarla de una manera horrorosa.

Man. Sí, y la vengásteis... es verdad? Tendria un placer en saberlo. Mil crímenes, mil muertes no eran bastantes.

Azu. Pocos dias despues tuve ocasion de conseguirlo. Yo no hacia otra cosa que rodear la casa del conde que habia sido causa de la muerte de aquella desgraciada... un dia logré introducirme en ella y le arrebaté el niño, y dos minutos despues ya estaba yo en este sitio, donde tenia preparada la hoguera.

Man. Y tuvisteis valor...?

Azu. El inocente lloraba y parecia querer implorar mi compasion... Tal vez me acariciaba... Dios mio, yo no tuve valor... yo tambien era madre... (*Llorando.*)

Man. Y en fin...?

Azu. Yo no habia olvidado, sin embargo, á la infeliz que me habia dado el ser; pero los lamentos de aquella infeliz criatura me desarmaban, me rasgaban el corazon. Esta lucha era superior á mis fuerzas, y bien pronto se apoderó de mí una convulsion violenta... yo oía confusamente los chillidos del niño y aquel grito que me decia: "Véngame!" Pero de repente, y como en un sueño, se me puso delante de los ojos aquel suplicio, los soldados con sus picas, mi madre desgreñada y pálida, que con paso trémulo caminaba despacio, muy despacio, hácia la muerte, y que volvia la cara para mirarme, para decirme: Véngame! Un

furor desesperado se apoderó de mí, y desatentada y frenética tendí las manos buscando una víctima: la encontré, la así con una fuerza convulsiva, y la precipité entre las llamas. Sus gritos horrorosos ya no sirvieron sino para sacarme de aquel enagenamiento mortal... abrí los ojos, los tendí á todas partes... la hoguera consumia una víctima, y el hijo del conde estaba alli. (*Señalando á la izquierda.*)

Man. Desgraciada!

Azu. Habia quemado á mi hijo.

Man. Vuestro hijo! Pues quién soy yo, quién...? Todo lo veo.

Azu. Te he dicho que habia quemado á mi hijo...? no... he querido burlarme de tu ambicion... tú eres mi hijo; el del conde, sí, el del conde era el que abrasaban las llamas... no quieres tú que yo sea tu madre?

Man. Perdonad.

Azu. Ingrato! No te he prodigado una ternura sin límites?

Man. Perdonad: merezco vuestras reconvenciones. Mil veces dentro en mi corazon, os lo confieso, he deseado que no fueseis mi madre, no porque no os quiera con toda mi alma, sino porque ambiciono un nombre, un nombre que me falta. Mil veces digo para mí, si yo fuese un Lanuza, un Urrea...

Azu. Un Artal...

Man. No, un Artal no, es apellido que detesto; primero el hijo de un confeso. Pero á pesar de mi ambicion, os amo, madre mia; no... yo no quiero sino ser vuestro hijo. Qué me importa un nombre? mi corazon es tan grande como el de un rey... qué noble ha doblado nunca mi brazo?

Azu. Sí, sí; á qué ambicionar mas?

Man. Aun no viene. (*Llegándose á la puerta.*)

Azu. Pero sin embargo, estás muy triste... te devora algun pesar secreto? Sientes tú haber nacido de

unos padres tan humildes? No temas, yo no diré á nadie que soy tu madre, me contentaré con decírmelo á mí propia, y en vanagloriarme interiormente. Estás contento?

ESCENA II.

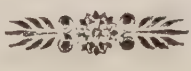
LOS MISMOS. RUIZ.

Man. Ahí está.
Azu. Esperabas á ese hombre?
Man. Sí, madre.
Azu. No temas, no me verá. (*Se aparta á un lado.*)
Ruiz. Estais pronto?
Man. Eres tú, Ruiz?
Ruiz. El mismo; todo está preparado.
Man. Marchemos.

ESCENA III.

AZUCENA.

Se ha ido sin decirme nada, sin mirarme siquiera. Ingrato! no parece sino que conoce mi secreto... ah! que no sepa nunca... Si yo le dijera: "Tú no eres mi hijo, tu familia lleva un nombre esclarecido, no me perteneces..." me despreciaria, y me dejaria abandonada en la vejez. Estuvo en poco que no se lo descubriera... ah! no, no lo sabrá nunca... Por qué le perdoné la vida sino para que fuera mi hijo.



ESCENA IV.

El teatro representa una celda: en el fondo á la izquierda habrá un reclinatorio, en el cual estará arrodillada LEONOR: *se ve un Crucifijo pendiente de la pared delante del reclinatorio.*

Leo. Ya el sacrificio que odié
mi labio trémulo y frio
consumó... perdon, Dios mio,
perdona si te ultrajé.
Llorar triste y suspirar
solo puedo; ay, Señor, no...
tuya no debo ser yo,
recházame de tu altar.
Los votos que alli te hiciera
fueron votos de dolor
arrancados al temor
de una alma tierna y sincera.
Cuando en el ara fatal
eterna fé te juraba,
mi mente ¡ay Dios! se estasiaba
en la imágen de un mortal.
Imágen que vive en mí
hermosa, pura y constante...
No, tu poder no es bastante
á separarla de aqui.
Perdona, Dios de bondad,
perdona, sé que te ofendo:
vibra tu rayo tremendo
y confunde mi impiedad.
Mas no puedo en mi inquietud
arrancar del corazon
esta violenta pasion,
que es mayor que mi virtud.
Tiempos en que amor solia
colmar piadoso mi afan,

qué os hicisteis? dónde estan
vuestra gloria y mi alegría?
De amor el suspiro tierno
y aquel placer sin igual,
tan breve para mi mal
aunque en mi memoria eterno?
Ya pasó... mi juventud
los tiranos marchitaron,
y á mi vida prepararon
junto al ara el atahud.
Ilusiones engañosas,
livianas como el placer,
no aumenteis mi padecer...
sois por mi mal tan hermosas!

Una voz, acompañada de un laud, canta las siguientes estrofas despues de un breve preludio: Leonor manifiesta entre tanto la mayor agitacion.

Camina orillas del Ebro
caballero lidiador,
puesta en la cuja la lanza
que mil contrarios venció.
Dispierta, Leonor,
Leonor.

Buscando viene anhelante
á la prenda de su amor,
á su pesar consagrada
en los altares de Dios.
Dispierta, Leonor,
Leonor.

Leo. Sueños, dejadme gozar...
no hay duda... él es... trovador... (*Viendo entrar á Manrique.*)
será posible...
Man. Leonor!
Leo. Gran Dios! ya puedo espirar.

ESCENA V.

MANRIQUE. LEONOR.

Man. Te encuentro al fin, Leonor.
Leo. Huye: qué has hecho?
Man. Vengo á salvarte, á quebrantar osado
los grillos que te oprimen, á estrecharte
en mi seno, de amor enagenado.
Es verdad, Leonor? Dime si es cierto
que te estrecho en mis brazos, que respiras
para colmar hermosa mi esperanza,
y que estasiada de placer me miras.
Leo. Manrique...!
Man. Sí, tu amante que te adora
mas que nunca feliz.
Leo. Calla...!
Man. No temas;
todo en silencio está como el sepulcro.
Leo. Ay! ojalá que en él feliz durmiera
antes que delincuente profanara,
torpe esposa de Dios, su santo velo.
Man. Su esposa tú...? jamas.
Leo. Yo desdichada,
yo no ofendiera con mi llanto al cielo.
Man. No, Leonor, tus votos indiscretos
no complacen á Dios; ellos le ultrajan.
Por qué temes? huyamos; nadie puede
separarme de tí... tiemblas...? vacilas...?
Leo. Sí; Manrique...! Manrique...! ya no puede
ser tuya esta infeliz; nunca... mi vida,
aunque llena de horror y de amargura,
ya consagrada está, y eternamente,
en las aras de un Dios omnipotente.
Peligroso mortal, no mas te goces
envenenando ufano mi ecsistencia;
demasiado sufrí, déjame al menos

que triste muera aqui con mi inocencia.

Man. Esto aguardaba yo! Cuando creía
que mas que nunca enamorada y tierna
me esperabas ansiosa, asi te encuentro
sorda á mi ruego, á mis halagos fria.
Y tiemblas, di, de abandonar las aras
donde tu puro afecto y tu hermosura
sacrificaste á Dios...? Pues qué...! no fueras
antes conmigo que con Dios perjura?
Sí, en una noche...

Leo. Por piedad!

Man. Te acuerdas?
En una noche plácida y tranquila...
qué recuerdo, Leonor! nunca se aparta
de aqui, del corazon: la luna heria
con moribunda luz tu frente hermosa,
y de la noche el aura silenciosa
nuestros suspiros tiernos confundia.
"Nadie cual yo te amó," mil y mil veces
me dijiste falaz: "Nadie en el mundo
como yo puede amar;" y yo insensato
fiaba en tu promesa seductora,
y feliz y estasiado en tu hermosura
con mi esperanza alli me halló la aurora.
Quimérica esperanza! quién diria
que la que tanto amor asi juraba,
juramento y amor olvidaria!

Leo. Ten de mí compasion: si por tí tiemblo,
por tí y por mi virtud, no es harto triunfo?
Sí, yo te adoro aun; aqui en mi pecho,
como un raudal de abrasadora llama
que mi vida consume, eternos viven
tus recuerdos de amor; aqui, y por siempre,
por siempre aqui estarán, que en vano
bañada en lloro, ante el altar postrada,
mi pasion criminal lanzar del pecho.
No encones mas mi endurecida llaga;
si aun amas á Leonor, huye, te ruego,
libértate de tí.

Man. Que huya me dices...!
yo, que sé que me amas...!
Leo. No, no creas...
no puedo amarte yo... si te lo he dicho,
si perjuro mi labio te engañaba,
lo pudiste creer...? Yo lo decia,
pero mi corazon... te idolatraba.
Man. Encanto celestial! tanta ventura
puedo apenas creer.
Leo. Me compadeces...?
Man. Ese llanto, Leonor, no me lo ocultes;
deja que ansioso en mi delirio goce
un momento de amor: injusto he sido,
injusto para tí... vuelve tus ojos,
y mírame risueña y sin enojos.
Es verdad que en el mundo no hay delicia
para tí sin mi amor?
Leo. Lo dudas...?
Man. Vamos...
pronto huyamos de aqui.
Leo Si ver pudieses
la lucha horrenda que mi pecho abriga!
Qué pretendes de mí? que infame, impura,
abandone el altar, y que te siga
amante tierna á mi deber perjura?
Mírame aqui á tus pies, aqui te imploro
que del seno me arranques de la dicha:
tus brazos son mi bien, seré tu esposa,
y tu esclava seré; pronto, un momento,
un momento pudiera descubrirnos,
y te perdiera entonces.
Man. Angel mio!
Leo. Huyamos, sí... no ves alli en el claustro
una sombra...? gran Dios!
Man. No hay nadie, nadie...
fantástica ilusion.
Leo. Ven, no te alejes:
tengo un miedo! no, no... te han visto... vete...
pronto, vete por Dios... mira el abismo

bajo mis pies abierto; no pretendas
precipitarme en él.

Man. Leonor, respira,
respira por piedad: yo te prometo
respetar tu virtud y tu ternura.
No alienta, sus sentidos trastornados...
me abandonan sus brazos... no, yo siento
su seno palpitar... Leonor! ya es tiempo
de huir de esta mansion, pero conmigo
vendrás tambien. Mi amor, mis esperanzas,
tú para mí eres todo, angel hermoso.
No me juraste amarme eternamente
por el Dios que gobierna el firmamento?
ven á cumplirme, ven, tu juramento.

ESCENA VI.

Calle corta: á la izquierda se ve la fachada de una iglesia.

RUIZ. *Un momento despues* UN SOLDADO.

Ruiz. Es mucho tardar! me temo que esta dilacion... oiga! quién va?

Sol. Ruiz?

Ruiz. El mismo: ah! eres tú? ha llegado la gente?

Sol. Ya está cerca del muro, pero la puerta está guardada.

Ruiz. Cómo! alguno nos ha vendido tal vez?

Sol. El rey ha salido esta noche de la ciudad.

Ruiz. Algo ha sabido.

Sol. Sin duda. Con cuántos hombres podemos contar dentro de la ciudad?

Ruiz. Apenas llegan á ciento.

Sol. Bastan para atacar la puerta si nos ayudan los de fuera.

Ruiz. Dices bien.

Sol. Vamos.

Ruiz. (Y don Manrique?)

Sol. Temes?

Ruiz. Yo...! no; pero queda mi señor todavía en el convento.

Sol. Diablo! ya... pero es cosa de un momento: un ataque imprevisto por la espalda y por el frente... despues ya no corre peligro.

Ruiz. Vamos.

ESCENA VII.

MANRIQUE. LEONOR.

Man. Alienta, en salvo estamos.

Leo. Ay!

Man. Ya vuelve...

Leo. Dónde estoy?

Man. En mis brazos, Leonor. (*Se oye dentro ruido lejano de armas.*)

Leo. Qué rumor es ese...?

Man. Cielos...! tal vez...

Leo. Adónde me llevas? Suéltame por Dios... no ves que te pierdes?

Man. Qué me importa, sino te pierdo á tí?

Leo. Pero qué significa ese ruido?

Man. No es nada, nada.

Leo. Ese resplandor... esas luces que se divisan á lo lejos...

Man. Es verdad, pero no temas, estoy á tu lado.

Leo. No oyes estruendo de armas?

Man. Sí, confusamente se percibe.

Leo. Si vienen en nuestra busca?

Man. No puede ser.

Leo. Pero esos hombres que se acercan... he distinguido los penachos.

Man. No temas.

Leo. Qué van á hacer contigo? Huye, huye por Dios.

Man. Si fueran mis soldados...

Leo. Vete; se acercan... no los ves? es el conde!

Man. Don Nuño! es verdad... gran Dios! y he de perderte? (*Se oye tocar á rebato.*)
Leo. Escuchas?
Man. Sí, esta es la señal.
Dentro. Traicion, traicion.
Man. Estamos libres. (*Desembainando la espada.*)
Dentro. Traicion!
Leo. Qué haces?

ESCENA VIII.

En este momento salen por la izquierda DON NUÑO, DON GUILLEN, DON LOPE *y* SOLDADOS *con luces, y por la derecha* RUIZ *y varios* SOLDADOS *que se colocan al lado de* DON MANRIQUE: *éste defenderá á* LEONOR *ocultándose entre los suyos y peleando con* DON GUILLEN *y* DON NUÑO: *entre tanto no cesarán de tocar á rebato.*

Man. Aqui, mis valientes.
Nuño. Él es.
Gui. Traidor.
Leo. Piedad, piedad!

JORNADA CUARTA.

La Revelacion.

JORNADA CUARTA.

El teatro representa un campamento con varias tiendas: algunos soldados se pasean por el fondo.

ESCENA PRIMERA.

DON NUÑO. DON GUILLEN. JIMENO.

Nuño. Bien venido, don Guillen:
ya cuidadoso esperaba
vuestra vuelta... Qué habeis visto?
Gui. Como mandásteis al alba
salí á esplorar todo el campo
y me interné en la montaña.
Nuño. No encontrásteis los rebeldes?
Gui. Encerrados nos aguardan
en Castellar.
Nuño. Nos esperan!
Gui. A tanto llega su audacia.
Nuño. Sabeis si está don Manrique?
Gui. Don Manrique es quien los manda.
Nuño. Albricias, don Guillen; hoy
recobrareis vuestra hermana.
Gui. No sabeis cuál lo deseo,
por lavar la torpe mancha
que esa pérfida ha estampado
en el blason de mis armas.
Alli con su seductor...
no quiero pensarlo... infamia
inaudita! y está alli...

y yo no voy á arrancarla
con el corazon villano
el torpe amor que la abrasa!

Nuño. Sosegaos.

Gui. No, no sosiega
el que asi de su prosapia
ve el blason envilecido...
Honrado nací en mi casa,
y á la tumba de mis padres
bajará mi honor sin mancha.

Nuño. Sin mancha, yo os lo prometo.

Gui. El traidor! que se escapara
la noche que en Zaragoza
entre el rumor de las armas
la arrancó del claustro!

Nuño. En vano
perseguirle procuraba:
se me ocultó entre los suyos...

Gui. Que bien pagaron su audacia.

Nuño. Que levanten esas tiendas
para ponernos en marcha
al instante... nos esperan!
Tienen mucha gente?

Gui. Basta
para guardar el castillo
la que he visto... y bien armada.
Catalanes son los mas,
y toda gente lozana.

Nuño. No importa: de Zaragoza
hoy nos llegaron cien lanzas
y seiscientos ballesteros
que nos hacian gran falta.
No se escaparán, si Dios
quiere ayudar nuestra causa.
Qué ruido es ese? (*Se oye dentro rumor y algazara.*)

ESCENA II.

LOS MISMOS. GUZMAN.

Guz. Señor?
Nuño. Qué motiva esa algazara?
Qué traeis?
Guz. Vuestros soldados
que por el campo rondaban
han preso á una bruja.
Nuño. Qué?
Guz. Sí señor, á una gitana.
Nuño. Por qué motivo?
Guz. Sospechan,
al ver que de huir trataba
cuando la vieron, que venga
á espiar.
Nuño. Y por qué arman
ese alboroto? qué es eso? (*Mirando á dentro.*)
Gui. No veis cómo la maltratan?
Nuño. Traédmela, y que ninguno
sea atrevido á tocarla.

ESCENA III.

LOS MISMOS, *la* AZUCENA *conducida por soldados y con las manos atadas.*

Azu. Defendedme de esos hombres
que sin compasion me matan...
defendedme.
Nuño. Nada temas:
nadie te ofende.
Azu. Qué causa
he dado para que asi
me maltraten?

Gui. Desgraciada!
Nuño. Adónde ibas?
Azu. No sé...
por el mundo: una gitana
por todas partes camina,
y todo el mundo es su casa.
Nuño. No estuviste en Aragon
nunca?
Azu. Jamas.
Jimeno. Esa cara!
Nuño. Vienes de Castilla?
Azu. No;
vengo, señor, de Vizcaya,
que la luz primera vi
en sus áridas montañas.
Por largo tiempo he vivido
en sus crestas elevadas,
donde pobre y miserable
por dichosa me juzgaba.
Un hijo solo tenia,
y me dejó abandonada:
voy por el mundo á buscarle,
que no tengo otra esperanza.
Y le quiero tanto! él es
el consuelo de mi alma,
señor, y el único apoyo
de mi vejez desdichada.
Ay! Sí... dejadme, por Dios,
que á buscar á mi hijo vaya,
y á esos hombres tan crueles
decid que mal no me hagan.
Guz. Me hace sospechar, don Nuño.
Nuño. Teme, muger, si me engañas.
Azu. Quereis que os lo jure?
Nuño. No;
mas ten cuenta que te habla
el conde de Luna.
Azu. Vos! (*Sobresaltada.*)
Sois vos? (Gran Dios!)

Jimeno. Esa cara!
Esa turbacion...
Azu. Dejadme...
permitidme que me vaya...
Jimeno. Irte...? Don Nuño, prendedla.
Azu. Por piedad no... Qué! no bastan
los golpes de esos impíos,
que de dolor me traspasan?
Nuño. Que la suelten.
Jimeno. No, don Nuño.
Nuño. Está loca.
Jimeno. Esa gitana
es la misma que á don Juan
vuestro hermano...
Nuño. Qué oigo!
Azu. Calla!
no se lo digas, cruel,
que si lo sabe me mata.
Nuño. Atadla bien.
Azu. Por favor,
que esas cuerdas me quebrantan
las manos... Manrique, hijo,
ven á librarme.
Gui. Qué habla?
Azu. Ven, que llevan á morir
á tu madre.
Nuño. Tú, inhumana,
tú fuiste!
Azu. No me hagais mal,
os lo pido arrodillada...
tened compasion de mí.
Nuño. Llevadla de aqui... apartadla
de mi vista.
Azu. No fui yo;
ved, don Nuño, que os engañan.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, *menos la* AZUCENA *y* SOLDADOS.

Nuño. Tomad, don Lope, cien hombres,
y á Zaragoza llevadla:
vos de ella me respondeis
con vuestra cabeza.
Gui. Marcha
el campo?
Nuño. Sí, á Castellar.
Es hijo de una gitana...!
No lo oísteis, don Guillen,
que á Manrique demandaba?
Gui. Sí, sí...
Nuño. Pronto á Castellar,
que esta tardanza me mata...
Yo os prometo no dejar
una piedra en sus murallas.

ESCENA V.

Habitacion de Leonor en la torre de Castellar, con dos puertas laterales.

LEONOR. RUIZ.

Ruiz. Qué mandarme teneis?
Leo. Y don Manrique?
Ruiz. Aun reposando está.
(*Leonor hace una seña, y se retira Ruiz.*)
Leo. Duerme tranquilo
mientras rugiendo atroz sobre tu frente
rueda la tempestad, mientras llorosa
tu amante criminal tiembla azorada.
Cuál es mi suerte? O Dios! Por qué tus aras

ilusa abandoné? La paz dichosa
que alli bajo las bóvedas sombrías
feliz gozaba tu perjura esposa...
Esposa yo de Dios? no puedo serlo;
jamas, nunca lo fui... tengo un amante
que me adora sin fin, y yo le adoro,
que no puedo olvidar solo un instante.
Ya con eternos vínculos el crímen
á su suerte me unió... nudo funesto,
nudo de maldicion que allá en su trono
enojado maldice un Dios terrible.

ESCENA VI.

LEONOR. MANRIQUE.

Leo. Manrique! eres tú?
Man. Sí, Leonor querida.
Leo. Qué tienes?
Man. Yo no sé...
Leo. Por qué temblando
tu mano está? qué sientes?
Man. Nada, nada.
Leo. En vano me lo ocultas.
Man. Nada siento.
Estoy bueno... Qué dices? que temblaba
mi mano...? no... ilusion... nunca he temblado.
Ves cómo estoy tranquilo?
Leo. De otra suerte
me mirabas ayer... tu calma fria
es la horrorosa calma de la muerte.
Pero qué causa, dime, tus pesares?
Man. Quieres que te lo diga?
Leo. Sí, lo quiero.
Man. Ningun temor real, nada que pueda
hacerte á tí infeliz ni entristecerte
causa mi turbacion... mi madre un dia
me contó cierta historia, triste, horrible,

que no puedes saber, y desde entonces
como un espectro me persigue eterna
una imagen atroz... no lo creyeras,
y á contártelo yo te estremecieras.

Leo. Pero...

Man. No temas, no; tan solo ha sido
un sueño, una ilusion, pero horrorosa...
un sudor frio aun por mi frente corre.
Soñaba yo que en silenciosa noche
cerca de la laguna que el pie besa
del alto Castellar contigo estaba.
Todo en calma yacía; algun gemido
melancólico y triste
solo llegaba lúgubre á mi oido.
Trémulo como el viento en la laguna
triste brillaba el resplandor siniestro
de amarillenta luna.
Sentado asi en su orilla y á tu lado
pulsaba yo el laud, y en dulce trova
tu belleza y mi amor tierno cantaba,
y en triste melodía
el viento que en las aguas murmuraba
mi canto y tus suspiros repetia.
Mas súbito azaroso, de las aguas
entre el turbio vapor, cruzó luciente
relámpago de luz que hirió un instante
con brillo melancólico tu frente.
Yo vi un espectro que en la opuesta orilla
como ilusion fantástica vagaba
con paso misterioso,
y un quejido lanzando lastimoso
que el nocturno silencio interrumpia;
ya triste nos miraba,
ya con rostro infernal se sonreía.
De pronto el huracan cien y cien truenos
retemblando sacude,
y mil rayos cruzaron,
y el suelo y las montañas
á su estampido horrísono temblaron.

Y envuelta en humo la feroz fantasma
huyó, los brazos hácia mí tendiendo:
Véngame! dijo, y se lanzó á las nubes:
Véngame! por los aires repitiendo.
Frio con el pavor tendí mis brazos
adonde estabas tú... tú ya no estabas,
y solo hallé á mi lado
un esqueleto, y al tocarle osado
en polvo se deshizo, que violento
llevóse al punto retronando el viento.
Yo desperté azorado; mi cabeza
hecha estaba un volcan, turbios mis ojos;
mas logro verte al fin, tierna, apacible,
y tu sonrisa calma mis enojos.

Leo. Y un sueño solamente
te atemoriza asi?

Man. No, ya no tiemblo,
ya todo lo olvidé... mira, esta noche
partiremos al fin de este castillo...
no quiero estar aqui.

Leo. Temes acaso...

Man. Tiemblo perderte: numerosa hueste
del rey usurpador viene á sitiarnos,
y este castillo es débil con estremo;
nada temo por mí, mas por tí temo.

ESCENA VII.

LOS MISMOS. RUIZ.

Man. Qué me vienes á anunciar?

Ruiz. Señor, ya el conde marchando
con la gente de su bando
se dirige á Castellar.
Todo lo lleva á cuchillo
y por los montes avanza,
sin duda con la esperanza
de poner cerco al castillo.

Man. No osarán, que son traidores,

y es cobarde la traicion.
Ruiz. Estas las noticias son
que traen nuestros corredores.
Demas por lo qne advirtieron,
añaden que esta mañana
han cogido una gitana
que venir hácia acá vieron.
Man. Una gitana...? y quién era?
Ruiz. Quien puede saberlo... pues...
Man. Cielos!
Ruiz. Vieja dicen que es,
con sus puntas de hechicera.
Man. (Es ella... y podré salvarla...?)
Avisa que á partir vamos...
ármense todos... (corramos
á lo menos á vengarla.)
Leo. Qué dices...? partir...
Man. Sí, sí...
qué te detienes?
Ruiz. Señor...
Man. Pronto, ó teme mi furor.
Leo. Y me dejarás aqui?

ESCENA VIII.

MANRIQUE. LEONOR

Man. Un secreto, Leonor...
sé que vas á despreciarme;
ya era tiempo... esa gitana,
esa, Leonor, es mi madre.
Leo. Tu madre!
Man. Llora si quieres,
maldíceme porque infame
uní tu orgullosa cuna
con mi cuna miserable.
Pero déjame que vaya
á salvarla si no es tarde;
si ha muerto, la vengaré

de su asesino cobarde.
Leo. Eso me faltaba...!
Man. Sí;
yo no debia engañarte
por mas tiempo... vete, vete:
soy un hombre despreciable.
Leo. Nunca para mí.
Man. Eres noble,
y yo, quién soy? ya lo sabes.
Vete á encerrar con tu orgullo
bajo el techo de tus padres.
Leo. Con mi orgullo! tú te gozas,
cruel, en atormentarme.
Ten piedad...
Man. Pero soy libre
y fuerte para vengarme...
y me vengaré... lo dudas?
Leo. Si necesitas mi sangre
aqui la tienes.
Man. Leonor!
qué desgraciada en amarme
has sido! Por qué, infeliz,
mis amores escuchaste?
Y no me aborreces?
Leo. No.
Man. Sabes que presa mi madre
espera tal vez la muerte?
Venganza infame y cobarde!
qué espero yo...
Leo. Ven... no vayas...
mira, el corazon me late
y fatídico me anuncia
tu muerte.
Man. Llanto cobarde!
Por una madre morir,
Leonor, es muerte envidiable.
Quisieras tú que temblando
viera derramar su sangre,
ó si salvarla pudiera

por salvarla no lidiase?
Leo. Pues bien, iré yo contigo;
alli correré á abrazarte
entre el horror y el estruendo
del fratricida combate.
Yo opondré mi pecho al hierro
que tu vida amenazare:
sí, y á falta de otro muro,
muro será mi cadáver.
Man. Ahora te conozco, ahora
te quiero mas.
Leo. Si tú partes
iré contigo; la muerte
á tu lado ha de encontrarme.
Man. Venir tú... no; en el castillo
queda custodia bastante
para tí... escuchas? á Dios. (*Suena un clarin.*)
El clarin llama al combate.
Leo. Un momento...
Man. Ya no puedo
detenerme ni un instante.

ESCENA IX.

LEONOR.

Manrique, espera... Partió
sin escucharme... inhumano!
por qué con delirio insano
mi corazon le adoró?
Y es este tu amor? ay! ven...
no burles asi tu suerte,
que alli te espera la muerte,
y está en mis brazos tu bien.
Ya no escuchas el clamor
de aquella Leonor querida... (*Vuelve á sonar el clarin.*)
Gran Dios! protege su vida,
te lo pido por tu amor.

JORNADA QUINTA.

El Suplicio.

JORNADA QUINTA.

Inmediaciones de Zaragoza: á la izquierda vista de uno de los muros del palacio de la Aljafería, con una ventana cerrada con una fuerte reja.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR. RUIZ.

Ruiz. Ya estamos en Zaragoza
y es bien entrada la noche:
nadie conoceros puede.
Leo. Ruiz, no es esta la torre
de la Aljafería?
Ruiz. Sí.
Leo. Estan aqui las prisiones?
Ruiz. Ahí se suelen custodiar
los que á su rey son traidores.
Leo. Trajiste lo que te dije?
Ruiz. Aqui está (1): por un jarope
que no vale seis cornados...
Leo. El precio nada te importe.
Toma esa cadena tú.
Ruiz. Judío al fin.
Leo. No te enojes.
Ruiz. Diez maravedís de plata
me llevó el Iscariote.
Leo. Vete, Ruiz.
Ruiz. Os quedais

(1) Saca un pomo de plata, que entrega á Leonor.

sola aqui? no, que me ahorquen
primero...
Leo. Quiero estar sola.
Ruiz. Si os empeñais... buenas noches.

ESCENA II.

LEONOR.

Esa es la torre; alli está,
y maldiciendo su suerte
espera triste la muerte
que no está lejos quizá.
Esas murallas sombrías,
esas rejas y esas puertas
al féretro solo abiertas,
verán tus últimos dias!
Por qué tan ciega le amé?
Infeliz! por qué, Dios mio,
con amante desvarío
mi vida le consagré?
Mi amor te perdió, mi amor...
yo mi cariño maldigo,
pero moriré contigo
con veneno abrasador.
Si me quisiera escuchar
el conde...! si yo lograra
librarte asi, qué importara...?
Sí, voy tu vida á salvar.
A salvarte... no te asombre
si hoy olvido mi desden.
Dentro una voz. Hagan bien para hace bien
por el alma de este hombre.
Leo. Ese lúgubre clamor...
ó tal vez lo escuché mal?
No, no... ya el hora fatal
ha llegado, trovador!
Manrique, partamos ya,

no perdamos un instante.

Dentro. Ay!

Leo. Esa voz penetrante...
Si no fuera tiempo ya!

(*Al querer partir se oye tocar un laud; un momento despues canta dentro Manrique.*)

Despacio viene la muerte,
que está sorda á mi clamor:
para quien morir desea
despacio viene, por Dios.
Ay! á Dios, Leonor,
Leonor.

Leo. Él es; y desea morir
cuando su vida es mi vida!
Si asi me viera afligida
por él al cielo pedir!

Dentro Man. No llores si á saber llegas
que me matan por traidor,
que el amarte es mi delito,
y en el amar no hay baldon.
Ay! á Dios, Leonor,
Leonor.

Leo. Que no llore yo, cruel!
No sabe cuánto le quiero.
Que no llore, cuando muero
en mi juventud por él!
Si á esa reja te asomaras
y á Leonor vieras aqui,
tuvieras piedad de mí
y de mi amor no dudaras.
Aqui te buscan mis ojos,
á la luz de las estrellas,
y oigo á par de tus querellas
el rumor de los cerrojos.
Y oigo en tu labio mi nombre

con mil suspiros tambien.
Dentro la voz. Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.
Leo. No, no morirás; yo iré
á salvarte: del tirano
feroz la sangrienta mano
con mi llanto bañaré.
Temes? Leonor te responde
de su cariño y virtud.
Aun dudas con inquietud? (*Apura el pomo.*)
Ya no puedo ser del conde.

ESCENA III.

Cámara del conde de Luna: éste estará sentado cerca de una mesa, y don Guillen á su lado de pie.

DON NUÑO. DON GUILLEN.

Nuño. Vísteis, don Guillen, al reo?
Gui. Dispuesto á morir está.
Nuño. Don Lope...?
Gui. Presto vendrá.
Nuño. Que al punto llegue deseo.
No quiero que se dilate
el suplicio ni un momento;
cada instante es un tormento
que mi impaciencia combate.
Gui. Le avisaré?
Nuño. No, esperad...
Tardar no puede en venir.
Para ayudarle á morir
á un religioso avisad.
Y despachaos con presteza.
Gui. El hijo de una gitana!
Nuño. Cierto, diligencia es vana.
Gui. Mas no dais cuenta á su alteza?
Nuño. Para qué? Ocupado está

en la guerra de Valencia.
Gui. Si no aprueba la sentencia...
Nuño. Yo sé que la aprobará.
Para aterrar la traicion
puso en mi mano la ley...
mientras aqui no esté el rey
yo soy el rey de Aragon.
Mas... vuestra hermana?
Gui. Yo mismo
nada de su suerte sé;
pero encontrarla sabré
aunque la oculte el abismo.
Entonces su torpe amor
lavará con sangre impura...
Solo asi el honor se cura,
y es muy sagrado el honor.
Nuño. Ni tanto rigor es bien
emplear.
Gui. Mi ilustre cuna...
Nuño. Si algo apreciais al de Luna,
no la ofendais, don Guillen.
Gui. Teneis algo que mandar?
Nuño. Dejadme solo un instante.

ESCENA IV.

DON NUÑO. *Despues* DON LOPE.

Nuño. Leonor, al fin en tu amante
tu desden voy á vengar.
Al fin en su sangre impura
á saciar voy mi rencor:
tambien yo puedo, Leonor,
gozarme en tu desventura.
Fatal tu hermosura ha sido
para mí, pero fatal
tambien será á mi rival,

á ese rival tan querido.
Tú lo quisiste; por él
mi ternura despreciaste...
Por qué, Leonor, no me amaste?
yo no fuera tan cruel.
Angel hermoso de amor,
yo como á un Dios te adoraba,
y tus caricias gozaba
un oscuro trovador.
Harto la suerte envidié
de un rival afortunado:
harto tiempo despreciado
su ventura contemplé.
Ah! perdonarle quisiera...
no soy tan perverso yo.
Pero es mi rival... no, no...
es necesario que muera.

Lope. Vuestras órdenes, señor,
se han cumplido; el reo espera
su sentencia.

Nuño. Y bien, que muera,
pues á su rey fue traidor.
A qué aguardais?

Lope. Si asi os plugo...

Nuño. No fue perjuro á la ley
y rebelde con su rey?
Pues bien, qué espera el verdugo?
Esta noche ha de morir.

Lope. Esta noche? pobre mozo!

Nuño. Junto al mismo calabozo...
entendeis?

Lope. No hay mas decir.

Nuño. La bruja...?

Lope. Con él está
en su misma prision.

Nuño. Bien.

Lope. Pero ha de morir?

Nuño. Tambien.

Lope. De qué muerte morirá?

Nuño. Como su madre, en la hoguera.
Lope. Por último confesó
que á vuestro hermano mató?
Maldiga Dios la hechicera.
Nuño. Molesto, don Lope, estais...
idos ya.
Lope. Señor, si pude
ofenderos...
Nuño. No lo dude.
Lope. Mi deber...
Nuño. Es que os vayais.
(*Hace don Lope que se va, y vuelve.*)
Lope. Perdonad; se me olvidaba
con la maldita hechicera.
Nuño. Don Lope!
Lope. Señor, ahí fuera
una dama os aguardaba.
Nuño. Y qué objeto aqui la trae?
Dice quién es?
Lope. Encubierta
llegó, señor, á la puerta
que al campo de Toro cae.
Nuño. Que entre, pues: vos despejad.
Lope. El conde, señora, espera.
Nuño. Vos os podeis quedar fuera,
y hasta que os llame aguardad.

ESCENA V.

DON NUÑO. LEONOR.

Leo. Me conoceis? (*Descubriéndose.*)
Nuño. Desgraciada!
Qué buscais, Leonor, aqui?
Leo. Me conoceis, conde?
Nuño. Sí,
por mi mal, desventurada,
por mi mal te conocí.
A qué viniste, Leonor?

Leo. Conde, dudarlo quereis?
Nuño. Todavía el trovador...!
Leo. Sé que todo lo podeis,
y que peligra mi amor.
Duélaos, don Nuño, mi mal.
Nuño. A eso vinistes, ingrata,
á implorar por un rival?
por un rival! insensata!
mal conoces al de Artal.
No, cuando en mis manos veo
la venganza apetecida,
cuando su sangre deseo...
imposible... !
Leo. No lo creo.
Nuño. Sí, creedlo por mi vida.
Largo tiempo tambien yo
aborrecido imploré
á quien mis ruegos no oyó,
y de mi afan se burló;
no pienses que lo olvidé.
Leo. Ah! conde, conde, piedad. (*Arrodillándose.*)
Nuño. La tuviste tú de mí?
Leo. Por todo un Dios.
Nuño. Apartad.
Leo. No, no me muevo de aqui.
Nuño. Pronto, Leonor, acabad.
Leo. Bien sabeis cuánto le amé;
mi pasion no se os esconde...
Nuño. Leonor!
Leo. Qué he dicho? no sé,
no sé lo que he dicho, conde:
quereis...? le aborreceré.
Aborrecerle! Dios mio!
y aun amaros á vos, sí,
amaros con desvarío
os prometo... amor impío,
digno de vos y de mí!
Nuño. Es tarde, es tarde, Leonor.
Y yo perdonar pudiera

á tu infame seductor,
al hijo de una hechicera?
Leo. No os apiada mi dolor?
Nuño. Apiadarme! mas y mas
me irrita, Leonor, tu lloro,
que por él vertiendo estás:
no lo negaré, aun te adoro;
mas perdonarle? jamas.
Esta noche, en el momento...
nada de piedad.
Leo. Cruel! (*Con ternura.*)
Cuando en amarte consiento!
Nuño. Qué me importa tu tormento,
si es por él, solo por él?
Leo. Por él, don Nuño, es verdad;
por él con loca impiedad
el altar he profanado.
Y yo, insensata, le he amado
con tan ciega liviandad!
Nuño. Un hombre oscuro...
Leo. Sí, sí...
nunca mereció mi amor.
Nuño. Un soldado, un trovador...
Leo. Yo nunca os aborrecí.
Nuño. Qué quieres de mí, Leonor?
Por qué mi pasion enciendes,
que ya entibiándose va?
Di que engañarme pretendes,
dime que de un Dios dependes,
y amarme no puedes ya.
Leo. Qué importa, conde? no fui
mil y mil veces perjura?
Qué importa, si ya vendí
de un amante la ternura,
que á Dios olvide por tí?
Nuño. Me lo juras?
Leo. Partiremos
lejos, lejos de Aragon,
do felices viviremos,

y siempre nos amaremos
con acendrada pasion.
Nuño. Leonor... delicia inmortal!'
Leo. Y tú en premio á mi ternura...
Nuño. Cuanto quieras.
Leo. Oh ventura!
Nuño. Corre, dile que el de Artal
su libertad le asegura;
pero que huya de Aragon;
que no vuelva, lo has oido?
Leo. Sí, sí...
Nuño. Dile que atrevido
no persista en su traicion,
que tu amor ponga en olvido.
Leo. Sí... lo diré... (Dios eterno!
tu nombre bendeciré.)
Nuño. Cuidad, que os observaré.
Leo. (Ya no me aterra el infierno,
pues que su vida salvé.)

ESCENA VI.

Calabozo oscuro con una ventana con reja á la izquierda y una puerta en el mismo lado; otra ventana alta en el fondo cerrada. Debajo de la ventana, y en un escaño, estará recostada la AZUCENA: *en el lado opuesto* MANRIQUE *sentado.*

Man. Dormis, madre mia?
Azu. No; bastante lo he deseado; pero el sueño huye de mis ojos.
Man. Teneis frio tal vez?
Azu. No... te he oido suspirar á menudo... ven aqui... qué tienes? por qué no me confias todos tus padecimientos? por qué no los depositas en el seno de una madre? Porque yo soy tu madre, y te quiero como á mi vida.
Man. Mis padecimientos!

Azu. He orado por tí toda la noche; es lo único que puedo hacer ya.

Man. Descansad un momento.

Azu. Yo quisiera escaparme de aqui, porque me sofoca el aire que aqui respiro... porque van á matarme. Pero tú me defenderás, tú no consentirás que te roben á tu madre

Man. Gran Dios!

Azu. Pero estoy afligiéndote, es verdad?

Man. No; decid, decid lo que querais.

Azu. Tú no podrás socorrerme; vendrán muchos contra tí, y tus fuerzas se agotarán; pero no temas por mí, yo estoy libre de su furor.

Man. Vos?

Azu. Sí; los tiranos no mandan sobre el sepulcro, ni el verdugo puede martirizar una carne que no siente. Acércate... mira esta frente pálida; no está pintada en ella la muerte?

Man. Qué decis?

Azu. Sí, desde esta mañana he sentido que me abandonaban las fuerzas, que mis miembros se torcian: un velo de sangre ha ofuscado mas de una vez mis ojos, y un zumbido espantoso ha resonado continuamente en mis oidos... se me figuraba que oía el llamamiento á la eternidad... la eternidad! y yo voy á salir de esta vida con el alma emponzoñada...

Man. Por favor...

Azu. Y van á matarme...

Man. A mataros? y por qué? porque sois mi madre, y yo soy la causa de vuestra muerte! madre mia, perdon!

Azu. No temas; á qué llorar por mí? no, no tendrán el placer de tostarme como á mi madre: siento que mi vida se acaba por instantes, pero quisiera morir pronto. No es verdad que se llenarán de rabia cuando vengan á buscar una víctima y encuentren un cadáver, menos que un cadáver... un esqueleto? Ja... ja... ja...! Quisiera yo verlo para gozarme en su desesperacion. Cuando vean mis ojos quebrados,

cuando toquen mi mano seca y fria como el marmol...

Man. No me atormenteis, por piedad.

Azu. Oyes? oyes ese ruido? mátame... pronto, para que no me lleven á la hoguera. Sabes tú qué tormento es el fuego?

Man. Y tendrán valor...

Azu. Sí; lo tuvieron para mi madre: debe ser horroroso ese tormento... la hoguera! no sé qué tiene de feroz esa palabra, que me hiela... la hoguera! y siempre la tengo delante, y siempre con sus llamas que queman, que quitan la vida con desesperados tormentos.

Man. No mas, no mas.

Azu. Me acuerdo de cuando achicharraron á tu abuela; iba cubierta de harapos, sus cabellos, negros como las alas del cuervo, ocultaban casi enteramente su cara: yo, tendida en el suelo, arañando frenética mi rostro, habia apartado mis ojos de aquel espectáculo, que no podia soportar; pero mi madre me llamó, y yo corrí hasta los pies del cadalso... los verdugos me rechazaron con aspereza, no me dejaron darla siquiera un beso, y la metieron en el fuego... Todavía retiembla en mi oido el acento de aquel grito desesperado que le arrancó el dolor... debe ser horrible, precisamente horrible, ese suplicio: aquel grito desentonado espresaba todos los tormentos de su cuerpo, y los verdugos se reían de sus visages, porque la llama habia quemado sus cabellos, y sus facciones contraidas, convulsas, y sus ojos desencajados, daban á su rostro una espresion infernal... Y esto les hacia reir!

Man. No podeis olvidar todo eso? Por qué no procurais descansar?

Azu. Sí, eso queria, pero... y la hoguera? y si durmiendo me llevan á la hoguera?

Man. No, no vendrán.

Azu. Me lo prometes tú?

Man. Os lo ofrezco, madre mia: podeis reposar un momento.

Azu. Tengo mucha necesidad de dormir. He estado despierta tanto tiempo! Dormiré, y luego nos iremos: qué razon hay para que no nos dejen ir? cuando sea de dia... pero aqui no se sabe cuándo es de dia... aunque sea de noche, á cualquier hora, sí, porque quiero respirar; aqui me ahogo.

Man. (Qué tormento!)

Azu. Y correremos por la montaña, y tú cantarás mientras yo estaré durmiendo sin temor á esos verdugos, ni á ese suplicio de fuego.

Man. Descansad.

Azu. Voy... pero calla... calla... (*Se queda dormida.*)

(*Un momento de silencio.*)

Man. Duerme, duerme, madre mia,
mientras yo te guardo el sueño,
y un porvenir mas risueño
durmiendo allá te sonría.
Al menos, ay! mientras dura
tu sueño, no acongojado
veré tu rostro bañado
con lágrimas de amargura.

ESCENA VII.

MANRIQUE. LEONOR. AZUCENA.

Leo. Manrique!

Man. No es ilusion!
eres tú?

Leo. Yo, sí... yo soy:
á tu lado al fin estoy
para calmar tu afliccion.

Man. Sí, tú sola mi delirio
puedes, hermosa, calmar:
ven, Leonor, á consolar
amorosa mi martirio.

Leo. No pierdas tiempo, por Dios...

Man. Siéntate á mi lado, ven.

Debes tú morír tambien?
muramos juntos los dos.
Leo. No, que en libertad estás.
Man. En libertad?
Leo. Sí, ya el conde...
Man. Don Nuño, Leonor? responde,
responde... cielo! esto mas?
Tú á implorar por mi perdon
del tirano á los pies fuiste...!
Quizá tambien le vendiste
mi amor y tu corazon.
No quiero la libertad
á tanta costa comprada.
Leo. Tu vida...
Man. Qué importa? nada...
quítamela, por piedad;
clava en mi pecho un puñal
antes que verte perjura,
llena de amor y ternura
en los brazos de un rival.
La vida! es algo la vida?
un doble martirio, un yugo...
llama, que venga el verdugo
con el hacha enrojecida.
Leo. Qué debí hacer? si supieras
lo que he sufrido por tí
no me insultaras asi,
y á mas me compadecieras.
Pero huye, vete, por Dios,
y bástete ya saber
que suya no puedo ser.
Man. Pues bien, partamos los dos:
mi madre tambien vendrá.
Leo. Tú solamente.
Man. No, no.
Leo. Pronto, vete.
Man. Solo yo!
Leo. Que nos observan quizá.
Man. Qué importa? aqui moriré,

moriremos, madre mia!
tú sola no fuiste impía
de un hijo tierno á la fé.
Leo. Manrique!
Man. Ya no hay amor
en el mundo, no hay virtud.
Leo. Qué te dice mi inquietud?
Man. Tarde conocí mi error.
Leo. Si vieras cuál se estremece
mi corazon! por qué, di,
obstinarte? hazlo por mí,
por lo que tu amor padece.
Sí, este momento quizá...
no ves cuál tiemblo? quisiera
ocultarlo si pudiera;
pero no, no es tiempo ya.
Bien sé que voy tu afliccion
á aumentar, pero ya es hora
de que sepas cuál te adora
la que acusas sin razon.
Aborréceme, es mi suerte;
maldíceme si te agrada,
mas toca mi frente helada
con el hielo de la muerte.
Tócala, y si hay en tu seno
un resto de compasion,
alivia mi corazon,
que abrasa un voraz veneno.
Man. Un veneno... y es verdad?
y yo ingrato la ofendí
cuando muriendo por mí...
un veneno...
Leo. Por piedad,
ven aqui por compasion
á consolar mi agonía:
no sabes que te queria
con todo mi corazon?
Man. Me matas.
Leo. Manrique, aqui,

aqui me siento abrasar.
Ay! ay! quisiera llorar,
y no hay lágrimas en mí.
Ay juventud malograda
por tiranos perseguida!
perder tan pronto una vida
para amarte consagrada!
(*Se ve brillar un momento el resplandor de una luz en la ventana de la izquierda.*)
Mira, Manrique, esa luz...
vienen á buscarte ya:
no te apartes, ven acá,
por el que murió en la cruz!
Man. Que vengan... ya entregaré
mi cuello sin resistir:
lo quiero, anhelo morir...
muy pronto te seguiré.
Leo. Ay! acércate...
Man. Amor mio...!
Leo. Me muero, me muero ya
sin remedio; dónde está
tu mano?
Man. Qué horrible frio!
Leo. Para siempre... ya...
Man. Leonor!
Leo. A Dios...! á Di...os...!
(*Espira: un momento de pausa.*)
Man. La he perdido!
Ese lúgubre gemido...!
es el último de amor.
Silencio, silencio; ya
viene el verdugo por mí...
alli está el cadalso, alli,
y Leonor aqui está.
Corta es la distancia, vamos,
que ya el suplicio me espera.
(*Tropieza con la Azucena.*)
Quién estaba aqui? quién era?
Azu. Es hora de que partamos? (*Entre sueños.*)

Man. A morir? dispuesto estoy...
mas no, esperad un instante:
á contemplar su semblante,
á adorarla otra vez voy.
Aqui está... dadme el laud;
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa
os contaré su virtud.
Una corona de flores
dadme tambien; en su frente
será aureola luciente,
será diadema de amores.
Dadme, veréisla brillar
en su frente hermosa y pura;
mas llorad su desventura
como á mí me veis llorar.
Qué funesto resplandor!
tan pronto vienen por mí?
el verdugo es aquel... sí:
tiene el rostro de traidor.

ESCENA VIII.

Los de la escena anterior. DON NUÑO. DON GUILLEN. DON LOPE, *y* SOLDADOS *con luces.*

Nuño. Leonor?
Man. Quién la llama? por qué vienen
á apartarla de mí? la desdichada
ya á nadie puede amar. Si yo pudiera
ocultarla á sus ojos!
(*La cubre con su ferreruelo, que tendrá al lado.*)
Nuño. Leonor?
Man. Calla...
No turbes el silencio de la muerte.
Nuño. Dónde está Leonor?
Man. Dónde? aqui estaba.
Venis á arrebatármela en la tumba?

Nuño. Ha muerto?
Man. Sí... ya ha muerto.
(*Descubriendo el rostro pálido de Leonor.*)
Gui. Quién... mi hermana!
Man. Ya no palpita el corazon; sus ojos
ha cerrado la muerte despiadada.
Apartad esas luces; mi amargura
piadosos respetad... no me acordaba... (*A D. Nuño.*)
Sí, tú eres el verdugo! acaso buscas
una víctima... ven... ya preparada
para la muerte está.
Nuño. Llevadle al punto,
llevadle, digo, y su cabeza caiga.
(*Varios soldados rodean á Manrique.*)
Man. Muy pronto, sí...
Nuño. Marchad...
Man. Qué miro! vamos... (*Reparando en la Azucena.*)
No le digais, por Dios, á la cuitada
que va su hijo á morir... madre infelice!
Hasta la tumba, á Dios... (*Al salir.*)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, *menos* MANRIQUE.

Azu. Quién me llamaba? (*Incorporándose.*)
Él era, él era; ingrato! se ha marchado
sin llevarme tambien.
Nuño. Desventurada!
Conoce al fin tu suerte.
Azu. El hijo mio!
Nuño. Ven á verle morir.
Auz. Qué dices? Calla!
Morir! morir...! no, madre, yo no puedo;
perdóname, le quiero con el alma.
Esperad, esperad...
Nuño. Llevadla.
Azu. Conde!

Nuño. Que le mire espirar.
Azu. Una palabra,
un secreto terrible; haz que suspendan
el suplicio un momento.
Nuño. No, llevadla.
(*La toma por una mano, y la arrastra hasta la ventana.*)
Ven, muger infernal... goza en tu triunfo.
Mira el verdugo, y en su mano el hacha
que va pronto á caer...
(*Se oye un golpe, que figura ser el de la cuchilla.*)
Azu. Ay! esa sangre!
Nuño. Alumbrad á la víctima, alumbradla.
Azu. Sí, sí... luces... él es... tu hermano, imbécil!
Nuño. Mi hermano, maldicion...!
(*La arroja al suelo empujándola con furor.*)
Azu. Ya estás vengada.
(*Con un gesto de amargura, y espira.*)

FIN.

Este drama es propiedad legítima de su editor, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima.

A. García Gutierrez

EL TROVADOR.